

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR: JOSÉ ORTEGA MUNILLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MESONERO ROMANOS, NÚM. 31

12 DE FEBRERO DE 1894

PRECIO DE ESTE NÚMERO
10 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA

LAS TRAGEDIAS DEL MAR



A pique

Ayuntamiento de Madrid

LA INSPIRACIÓN

Temporada fatal estaba pasando el ilustre Fausto, el gran poeta. Por una serie de circunstancias engranadas con persistencia increíble, todo le salía mal, todo fallido, raquítico, como si en torno suyo se secasen los gérmenes y la tierra se esterilizase. Sin ser viejo de cuerpo, envejecía rápidamente su alma, deshojándose en triste otoñada sus amarillentas ilusiones. Lo que le abrumaba no era dolor, sino atonía de su ardorosa sensibilidad y de su imaginación fecunda.

Acababa de romper relaciones con una mujer á quien no amaba: aquello principió por una comedia sentimental, y duró entre una eternidad de tedio, el cansancio insufrible del actor que representa un papel antipático, que ya va olvidando de puro sabido, en un drama sin interés y sin literatura. Y no obstante, cuando la mujer mirada con tanta indiferencia le suplantó descaradamente y le hizo blanco de acerbas pullas que se repetían en los salones, Fausto sintió una de esas amarguras secas, irritantes, que ulceran el alma, y quedó, sin querer serlo confesar, descontento de sí, rebajado á sus propios ojos, saturado de un escepticismo vulgar y prosaico, embebido de la ingrata convicción de que su mente ya no volvería á crear obra de arte, ni su corazón á destilar sentimiento.

Sí; Fausto se imaginaba que no era poeta ya. Así como los místicos tienen horas en que la frialdad que advierten les induce á dudar de su propia fe, los artistas desfallecen en momentos dados, creyéndose impotentes, paralíticos, muertos. Recluido en su gabinete, Fausto llamaba á la musa; pero en vano brillaba la lámpara, ardía la chimenea, exhalaban perfume los jacintos y las violetas, susurraba la seda del cortinaje; la infiel no acudía á la cita, y Fausto, con la frente calenturienta apoyada en la palma de la mano—actitud familiar para todos los que han luchado á solas con el ángel rebelde,—no sentía fluir ni una gota del manantial delicioso: solo veía rocas negras, áridos arenales caldeados por el sol del desierto.

En aquellos momentos de agonía, su conciencia le acusaba, diciéndole que la decadencia del artista procedía del indiferentismo del hombre; que la poesía no acude á los páramos, sino á los oasis, y que si no podía volver á amar, tampoco podría volver á aparear versos—como quien unce parejas de corzas blancas al mismo carro de oro.—Las mujeres que le habían burlado y abandonado eran, sin duda, indignas de su amor; pero tampoco él—Fausto, el poeta, el soñador, el ave,—se había tomado el trabajo de quererlo inspirar, ni menos de sentirlo. El desierto no era el alma ajena, era su alma; quien solo ofrece al viajero llanuras candentes y peñascales yermos, no extraña que el viajero cansado no se siente á reposar, ni quiera dormir larga y dulce siesta, como la que se duerme á la sombra de las palmeras verdes, al lado del fresco pozo...

Paseábase Fausto una tarde de Setiembre, á pie, abatido y sin objeto, por una de las solitarias rondas madrileñas, y al pie de un solar cercado de tablas divisó grupos de gente que examinaba algo caído en el suelo, con muestras de vivísimo interés. Las cabezas se inclinaban, y del corro salían exclamaciones de lástima y admiración. Fausto iba á pasar sin hacer caso; pero una sensación indefinible de curiosidad cruel le empujó al remolino. Pensó que la realidad es madre de la poesía, y que á veces del incidente más vulgar salta la chispa generadora. No sin algún trabajo consiguió abrirse camino, y ya en primera fila, pudo ver lo que causaba el asombro de aquel gentío humilde.

Sobre la hierba enteca y misera que á duras penas brotaba del terreno arcilloso, yacía una mujer joven, de sorprendente belleza. La palidez de la muerte, y esa especie de misteriosa dignidad y calma que imprime á las facciones, la hacían semejante á perfectísimo busto de mármol, y el ligero vidriado de los árabes ojos no amenguaba su dulzura. El pelo, suelto, rodeaba como un cojín de terciopelo mate la faz, y la boca entreabierta dejaba ver los dientes de nácar entre los descoloridos y puros labios. No se distinguía herida alguna en el cuerpo de la joven, y sus ropas conservaban decente compostura. Estaba echada de lado. Una faja de lana unía su cintura á la de un mocetón feo y tosco, muerto también de un balazo que, entrando por el oído, había roto el cráneo. Sin duda, en la agonía de los dos enamorados, la faja debió de aflojarse, pues la mujer aparecía algo vuelta hacia la derecha, y el mozo á la izquierda, como desviándose de su compañera en el morir.

Con mezcla de piedad y de enojo, los albañiles, las lavanderas y los guardias de orden público comentaban el trágico suceso.—Tratábase de un doble suicidio, concertado de antemano y hasta anunciado por el bruto del mozo en una taberna la noche anterior.—La oposición de los padres de ella, las malas costumbres de él, y el haber

caído soldado, eran la causa. Ella no podía resignarse á la separación: ella misma, la mujer apasionada, había lanzado la terrible idea, acogida con fruición estúpida por el hombre celoso y feroz: morir, irse abrazados á donde Dios dispusiese; no apartarse ya nunca; desposarse en el ataúd, pese á quien pese... Sin dilación, adquirió él el revólver, y después de una mañana que pasaron juntos almorzando en un ventorro, los dos amantes se habían recogido al extraviado solar, donde arrollando primero la del mozo alrededor de ambas cinturas, ella había tendido con sublime confianza el seno izquierdo, sin que ni al sentir sobre el corazón el cañón del arma, se borrara de sus labios aquella sonrisa que aun conservaba fija en la boca, jaquella sonrisa que lucía los dientes de nácar por entre los descoloridos y puros labios!

Por la noche, al retirarse Fausto á su casa, percibió una fiebre singular que conocía de antemano, pues solía experimentarla cada vez que se renovaba su ser con afectos nunca sentidos. Semejante excitación nerviosa señalaba, como la manecilla del reloj, las horas, las etapas sucesivas de su vida moral. La alegría extremada, la pena vehemente é inconsolable se anunciaban igualmente para Aurelio con un desasosiego raro, una inquietud del corazón, que ya acelera sus latidos, ya se aquietaba y desmaya hasta el síncope. Las horas nocturnas las contó desvelado en la cama: no podía apartar del pensamiento la imagen de la muchacha muerta; y mientras volvía á ver el solar, el corro de curiosos, el grupo trágico de los amantes que abrazados emprenden el viaje sin regreso, un bullir confuso de rimas, un surgir de estrofas incompletas, un rodar oceánico de versos sonoros ascendía de su corazón palpitante á su cerebro, y bajaba después, á manera de corriente impetuosa, á su mano impaciente ya de asir la pluma...

Lo más raro de todo era que Fausto, con la fantasía, enmendaba la plana al ciego destino. La hermosa niña que había recibido en el seno izquierdo la bala, no estaba enamorada del bárbaro y plebeyo borrachín, del perdulario soez que descansaba á su lado, y que la amarró con la faja antes de darla muerte. No: el predilecto de aquella mujer que sabía querer y morir; el que antes de asesinarla había aspirado el aliento de su boca de virgen, era Fausto, el poeta; Fausto, que por fin encontraba su ideal, y que al encontrarlo prefería dejar la tierra, sellando con el sello de lo irreparable tan magnífica pasión.

¿Quién duda que sólo Fausto, capaz de comprender el valor de la acción sublime, merecía haberla inspirado? Corrigiendo la estupidez de los hechos; despreciando la vana apariencia de lo real, Fausto recogía para sí la ardiente flor amorosa, la flor de sangre sembrada en el erial de la ronda madrileña. Él era el compañero de aquella muerta que sonreía; él era quien había apoyado el revólver sobre el impávido seno de la heroína, no sólo tranquila ante la muerte, sino prendada de la muerte que une eternamente, sin separación posible, á los que se quisieron con delirio... Y la sugestión fué tan fuerte, que Fausto arrojó las sábanas, encendió luz y empezó á emborronar papel...

Tal fué el origen del poema *Juntos*, el mejor timbre de gloria de Fausto, lo que consagrará ante la posteridad su nombre, porque *Juntos* es (lo afirma la crítica) una maravilla de sentimiento verdadero, y se comprende que está escrito con lágrimas vivas del poeta, que responde á penas y goces no fingidos, á algo que no se inventa, porque no puede inventarse.

Emilia PARDO BAZÁN.

REVISTA LITERARIA

DOLORES, poesías de Federico Balart.

También tiene sus alegrías este oficio humilde, y tantas veces enojoso, de escribir á jornal, ó poco menos, de los asuntos literarios del momento; porque se ofrece de vez en cuando al que tal profesión ejerce la dicha de alabar los productos del gran ingenio, tarea deliciosa para la cual no encuentran ocasión oportuna aquellos que, por razón de jerarquía retórica, leen los primores de sus contemporáneos, compatriotas y á veces amigos, sin poder mas que admirarlos en silencio, silencio muy digno, muy puesto en el orden y aun en el método, pero poco fecundo en satisfacciones para quien, seguramente, había de agradecer que le ensalzaran en público los hombres de provecho.

Yo, humilde revistero, me entrego con deleite á la dicha de alabar, no sin medida, pero casi diré sin tasa, el libro de Federico Balart, libro de poesías que al fin ha aparecido con el título triste y dulce de *Dolores*, nombre de muchas mujeres y apellido de todos los humanos.

El libro es nuevo; las poesías no; yo las he saboreado, si no todas, las más, á lo largo de estos últimos años, y no hace poco que vengo diciendo que Balart es un poeta, un muy buen poeta.

Ya que cierta frase mía corrió más de lo que yo quisiera, y tomada muy al pie de la letra, diré ahora que, si hace poco teníamos dos poetas y medio (y otras fracciones que andan por ahí), desde que *Dolores* aparece tenemos tres poetas, tres enteros, pues á Balart, poeta de la pena, de la que Ronse tuvo siervos, nada le falta para ser tan hijo de Apolo como cualquiera. Si en España no se ha perdido el gusto, si aun se sabe sentir, y distinguir el oro del oropel, será *Dolores* para nuestra poesía de este último décimo de siglo, lo que fueron, décadas atrás, *Los gritos del combate* y *Los pequeños poemas*.

No ha mucho, Balart nos decía: «He descubierto un poeta.» Y por acá se le contestaba: «Nosotros otro; le hemos descubierto á usted.»

En estos últimos tiempos ya fué secreto de muchos que Balart era poeta; pero, antes, recuerdo que cuando les íbamos con esa canción á los más, no comprendían. Hasta no faltaban maliciosos que pensaran: «Le hacen poeta para echarle de la crítica.»

Y aun se necesitará todo el mérito de *Dolores* para que se decidan á tenerle por poeta la multitud de los que aplican al talento el criterio de la Administración, en lo que toca á la incompatibilidad de cargos retribuidos por el Estado.

Balart empezó á ser poeta próximamente á la edad en que Cervantes empezaría á pensar en el *Quijote*. El *Quijote*, que también podría llamarse *Dolores*, es más que un libro contra los malos libros de caballerías, un libro contra las *caballerías* de la ilusión; peor que las *Sorgas* de Esplandian, salen allí las mentiras de la esperanza mundana. Libro así, sólo sabe escribirlos la experiencia; los de este género todos son *realistas*, y el autor casi siempre hombre maduro.—Para pensar que en los versos de Balart, porque éste peina canas, no hay frescura, hay que negarles frescura á las brisas de otoño.—Las grandes idealidades de las grandes religiones (¡y vaya si ha imaginado la humanidad religiosa!) fueron las más veces invención de hombres muy curtidos en las penas de la vida, de ancianos casi siempre. *Dolores* es, ante todo, un poema religioso escrito en elegías que alguna vez acaban en odas, como prueba el final sublime de *Ultra*.

No es la juventud la que suele soñar con los consuelos de ultratumba; al amor se le busca la trascendencia mística cuando se le despide, como á un sol, en el ocaso; ni más ni menos que cuando el sol se pone es cuando pensamos en las regiones que alumbrará más allá del horizonte.—En el horizonte no se repara al medio día, sino á la hora del crepúsculo, cuando se nos lleva el sol. Yo de mí sé decir que á estas horas pido á Dios que mis viejos ensueños amorosos me los tome ya á cuenta de oraciones.

Para Balart, el ocaso del amor fué la muerte.

La *Dolores* de Balart, sin profanación por ningún lado, es toda una Beatriz.—Sin la imitación más remota, á veces el poeta español se acerca al Dante.

«Por tí, por tí, la mano de Dios bendigo,
Que imparcial nos reparte premio y castigo:
Por tí me postro humilde bajo esa mano,
Por tí soy religioso, por tí cristiano.»

Y la mejor poesía, á mi entender, de todo el tomo, el soneto *Recuerdo*, es—tal pienso con toda sinceridad—digno de Alighieri:

«En mis brazos murió! Boca con boca
Bebí anhelante su postrer aliento,
Que aumentando por grados mi tormento,
Desde entonces el alma me sofoca.

Yo mismo la vestí. *Mudo cual roca*,
Sin lanzar un gemido ni un lamento,
Cumpléndole un sagrado juramento,
Negro manto la puse y blanca toca.

Hoy, cuando la amargura me enloquece,
Una dulce visión de aspecto santo
Con hábito monjil se me aparece.

Compasiva me mira; y cuando el llanto
Mis párpados cansados humedece,
Las lágrimas me enjuga con su manto.»

Mucho tiempo hará que no se publica en España, ni fuera, que yo sepa, un libro de poesías líricas que tenga la preciosa unidad armónica que nos ofrece *Dolores*.—*Los gritos del combate* se acercan algo á esto; son algo más que asuntos varios bajo un nombre común, son una idea predominante; pero las composiciones del tomo, no todas, responden á la capital intención. En los *Trafegos* de Heredia, á pesar de la clásica selección, la unidad está solo en la intencionalidad artística... En *Dolores*, la unidad está en la forma y en el asunto. Pertenece este libro á esa gran lírica que conserva de la antigua épica lo que de ésta cabe que hoy subsista: es lo que se llama (bien ó mal, mal á mi juicio) el subjetivismo, lo lírico, que sale al paso á lo objetivo (exterior, épico), buscando y encon-

trando el armónico interés de lo que el poeta ve y siente á su modo, y de lo que todos vemos y sentimos. Se dirá: «de esa suerte es todo verdadero lirismo; como el poeta es hombre, todo lo humano que hay en él nos interesa.» Pero lo excepcional, lo alambicado, lo enfermizo de modo singular, lo que responde á un temperamento, no nos interesa, no nos importa del mismo modo, de esa manera armónica con lo épico, con el *alma general*, con lo que somos todos, que es la manera como no interesa el lirismo que toma por asunto lo que alguno ha llamado con desdén los *grandes lugares comunes*.

Los *grandes lugares comunes* son la inspiración principal de Dante, que se enamora, sobre todo, de la cosa más *objetiva* que cabe en lo moral, de lo más épico en lo psicológico, de un *dogma*; los *grandes lugares comunes* son la inspiración de Shakespeare; la inspiración de Goethe, no la de *Werther*, la del gran Goethe; la inspiración de Victor Hugo.—De otra manera es el lirismo de Lord Byron, allí donde, en efecto, es por modo lírico; de otro modo también el de Leopardi, el de Lecomte de Lisle, el de Baudelaire, por ejemplo.

Dolores no es revelación de un espíritu atormentado por penas inauditas, por inquietudes nuevas; el dolor de Balart es de los más *vulgares* en su causa, uno de esos dolores de que está llena todos los días la cuarta plana de *La Correspondencia*; un dolor de aquéllos que, según decía el ilustre italiano nonagenario que felicitó estos días á Núñez de Arce, le bastan á la humanidad para prueba, sin necesidad de ir á inventarlos nuevos la literatura y la filosofía. Pero al dolor le pasa lo que á la semilla de la parábola evangélica: según donde caiga produce ó no, y produce más ó menos, mejor ó peor fruto.

Balart nos advierte, desde el maravilloso prólogo, que tal es la condición de su pena; pena de todos, de cualquier, pena vulgar, pena antiquisima; Balart dice de su dolor lo que Herodoto oyó al sacerdote de Menfis. *¡Que niños sois!* esto es: no os creais alejados de los tiempos que llamais remotos, sois como los hombres de entonces todavía, padecis lo que ellos...

«Desde que el mundo es mundo, con varios nombres,
Iguales desventuras llevan los hombres.
Ya Job llevó la carga que yo ahora llevo:
¡Bajo el cielo estrellado no hay nada nuevo!
Por que bajo el azote de suerte impía
Hoy sentimos lo mismo que Job sentía.
En placeres y penas, por varios modos,
Nada es tuyo ni mío; ¡todo es de todos!
No se pierden los ayes en el vacío:
¡Mi dolor siempre es tuyo, y el tuyo es mío!»

El que siga con atención la marcha de la literatura moderna, en general de todo el espíritu moderno, podrá apreciar en lo que vale esta naturalidad, esta confesión de dolores comunes, en tiempo en que hasta las medianías aspiran á la originalidad sospechosa de lo raro, de lo absolutamente nuevo, olvidando que, como dijo Carlyle, está lo original, no en lo inaudito, no en lo raro y desconocido, sino en lo sincero y en lo espontáneo. «*Singularitas*, escribía Tomás de Celano, *nihil aliud quam pulchrum proecipitiam est.*»

Preciso es confesar que tanto ha abusado la literatura moderna de lo alambicado y retorcido, que casi casi la sencillez y la naturalidad de la lírica podrían parecer un nuevo amaneramiento, quinta esencia de perversión *deliquesciente*, si se tratara de otro libro, de otro autor; en Balart, en *Dolores*, es absurdo tal reproche desde que se leen los primeros versos del prólogo. Aquí hay un corazón de veras que sangra sangre verdadera en la soledad de una tristeza que no espera ni admite consuelo humano. Porque téngase esto en cuenta: estos versos se escribieron, casi todos, tal vez todos, en la soledad y para la soledad; un interés social, la justa solicitud de los amigos, del mismo público, pudo, más adelante, cuando el ánimo del poeta empezó á reconciliarse con la vida ordinaria, conseguir que este tesoro de poesía, por una especie de *expropiación forzosa*, pasara al dominio eminente del Estado... del arte.

«Por más que tu mirada sobre él irradie
Para tí no se ha escrito.—¡Ni para nadie!

dice el poeta hablando al lector del libro; y bien se conoce en que el autor vuelve una y otra vez sobre el mismo objeto, sin temor de caer en la monotonía, de que sólo le salva la riqueza lírica de su dolor. Por tantas partes le punza el alma su desgracia, que su pena ofrece la variedad más artística de tormentos... y de consuelos ideales después. La pulcritud, la corrección, la eurytmia de los versos, modelos casi todos, no se crean tampoco argumento contra ese olvido del público con que se escribió todo ello. El verdadero poeta es como el verdadero hombre pulcro, que la mayor limpieza la guarda por lo que le toca más de cerca y no ha de ver nadie. El hacer romance en que los octosílabos no sean como quiera; el cui-

dar en todo metro de la misteriosa eurytmia esotérica, que no anda explicada en los tratados de poética, ni siquiera en los del sutil Benot; el atender siempre á la fuerza de la expresión, á la verdad y elegancia de la imagen, á la ley cierta de la gramática, es para un poeta bueno, verdadero, tan necesario en la soledad como en una *velada del Ateneo*.—Los versos de Balart se han escrito para la soledad de un poeta... que es crítico, y lo es muy severo para sí mismo.—Y no es esto todo: otras poesías, tan á *solas* fueron imaginadas, que no las escribió siquiera.

«Y aun á veces aplacan mis amarguras
Otras más misteriosas, otras más puras;
Canciones sin palabra, sin pensamiento
Vagas emanaciones del sentimiento;
Silencioso gemido de amor y pena
Que, en el fondo del pecho, *callado suena.*

Esas son las que endulzan mi amargo duelo;
Esas son las que el alma llaman al cielo;
Esas de mi esperanza fijan el polo,
¡Y esas son las que guardo para mí solo!»

No falta quien piense, después de reconocida la absoluta sinceridad de este lirismo, que son asunto de menor cuantía estas desgracias de familia, estas elegías á los cognados ó afines ó consortes.—Los grandes poetas, sin embargo, han sabido sentir con intensidad excepcional esta clase de penas y han sabido *poetizarlas* á lo divino. Pocos días hace leía yo ciertas cartas del delicadísimo Keats, que describía, con la poesía más acendrada, el estado de insoportable ansiedad y desconsuelo en que le había dejado la muerte... de un hermano, nada más que de un hermano. Tampoco pintó mal este dolor de *cognación*, aunque á lo realista, Edmundo de Goncourt en sus hermanos *Zemmigano*... Y nosotros debemos á una *desgracia de familia* una de las mejores poesías especiales del siglo XIX, no tan famosa como debiera. *El dolor de los dolores* de Aguilera, elegía más larga, en que se arrastra, como serpiente insidiosa, la pena que degenera en manía, en obsesión que atormenta... La hija de Aguilera, y *Dolores* de Balart, han sido dos nobles musas de la realidad á que debe nuestro Parnaso moderno dos de sus mejores joyas.

Y ahora, permitame el lector que deje lo que me falta que decir, que no es poco, para otro *lunes*.

De todas maneras había de presentarme con un *cuento* ó cosa por el estilo. ¿No será más *tolerable* si sigo hablando de Balart y de su hermoso libro?—No haya miedo que cosa tan interesante deje de ser una *actualidad* antes de ocho días

CLARÍN.

MADRID

—Esto ya no es Carnaval ni es ná—decía filosóficamente aquel borracho dándose de cabezadas contra las paredes del Gobierno civil.

Lo que dijo aquel testigo de mayor excepción es exacto: este no es ya Carnaval, sino una sucia y tristísima exhibición de andrajos que las autoridades deben barrer para el año próximo, acumulando los restos en otra parte. No han de conocerse la civilización y el progreso solamente en las conquistas de la inteligencia sobre la materia, sino también en esta otra conquista del sentido común sobre la invasora imbecilidad de los menos.

La prensa toda, con muy buen sentido, se ha puesto enfrente de la enorme molestia que supone el corte de Madrid en dos trozos, que quedan incomunicados, para que la fila de gansos disfrazados pasee libremente desde Colón á Neptuno; el servicio de tranvías, que es un servicio público, que es algo más, el derecho de todos al libre disfrute de la vía pública, queda interrumpido durante tres días, y cede ante el problemático derecho que se otorga á los citados gansos para ir y venir á su antojo por el mejor paseo central de Madrid. Antes de llegar Carnaval, y adelantándose á todos en exponer la idea, propuso mi ingenioso amigo Felipe Pérez que se señalase el Retiro como teatro único para el decadente Carnaval, y si cuando él lo dijo se hubiesen fijado las autoridades en ello, tal vez este mismo año hubiésemos tenido los anticarnavalistas la satisfacción de no codearnos por ahí con la estupidez humana disfrazada de esteras viejas.

Un alcalde—no recuerdo cual—se propuso de verdad acabar con la bestial costumbre de armar escándalo la víspera de Reyes, imponiendo una tasa elevada á los que se sintieran con aquella afición selvática. Nadie quiso *divertirse* mediante precio, y una costumbre de muchos años se perdió á gusto de todos por la fuerza de un simple bando. Con el Carnaval, más insoportable todavía,

debe hacerse algo igual. Si el Sr. Angulo—alcalde *vayos* aciertos podrán ser discutibles, pero de cuya buena voluntad y rectitud no duda nadie—está el próximo venidero Carnaval en la Casa de la Villa, puede publicar un bando cuyo articulado salvador debe ser este:

I.—Toda comparsa necesitará un permiso de circulación de *quinientas* pesetas. Las de cojos, ciegos y demás defectuosos, pagarán doble, en razón del lastimoso aspecto que las distingue de las demás.

II.—Las máscaras sueltas con disfraces aceptables y limpios se proveerán de un permiso de *doscientas cincuenta* pesetas. Las que para disfrazarse apelen á las esteras, felpudos, sacos viejos y colchas, serán retiradas de la vía pública y conducidas al vertedero de la Villa, como desagravio al estómago del transeunte sin disfraz.

III.—Se crea una *Sociedad persecutora de animales*, entendiéndose por tales los bipedos que se disfracen con el deliberado propósito de hacer el buey molestando á sus conciudadanos, para denunciar al juez de guardia las cabezas de aquel ganado que traspassen los límites de la conveniencia entrando á pastar en el coto del sentido común.

Con estos tres artículos consigue el Alcalde hacer pasar á la historia el Carnaval madrileño con aprobación de todo el mundo, excepto, naturalmente, la minoría comprendida en el bando. Pero si esto le parece mucho, acuérdese al menos, para el año próximo, que la *fiesta* se celebre en el Retiro, ó, si puede ser, en las Ventas de Espíritu Santo, lugar adecuado para semejante estupendo mamarracho.

Es posible, y casi seguro, que sólo por haber nacido la idea de llevar el Carnaval al Retiro en los periódicos, no se haga caso de ella. Esta impotencia de la prensa para conseguir lo menos, contrasta con la sugestión que la letra impresa ejerce, en otro respecto, sobre la *soberana masa*. En los días mismos del Carnaval he hecho esta reflexión leyendo en todas partes el relato de la ejecución en París de un anarquista. La prensa francesa, sobre todo, vino llena de minuciosos detalles acerca de este particular poco interesante, y yo creo que esta atmósfera malsana de publicidad contribuye á sugestionar los cerebros mal equilibrados, haciéndoles desear la celebridad, sin importarles el camino con tal de llegar á ella.

Aquel Ravachol, que fué un perfecto bandido, hizo prosélitos con su muerte, más por la aureola de que imprudentemente se le rodeó por unos y otros, que porque fuera precursor de nada, ni depositario inspirado de doctrina alguna. Su ejemplo y su celebridad triste arrastraron al anarquista, hace poco ejecutado, menos criminal que aquel, y el de éste es posible que acabe por sugestionar á cualquier infeliz sin antecedentes penales con el ruido que se ha hecho en torno de su nombre, que yo no escribiré para dar modesto ejemplo de la conducta que, en mi opinión, debe seguirse en esto.

Mientras el espejismo de la aparición en letras de molde no traía consigo más que la exhibición en los periódicos de las vanidades de cuantos sólo alegaban como mérito para la publicidad el haber regresado de su excursión veraniega, el mal era soportable relativamente. Pero se trata ya de algo que toca al interés vital de todos, y sin ahondar en la discusión pendiente acerca de si anda el mundo bien ó mal arreglado—mal, positivamente,—puede creerse nociva la publicidad que se da á la propaganda por el hecho, como se llama con encantador eufemismo al atentado del Liceo, por ejemplo.

En su época calentaron muchas cabezas duras *noveles* como *Los siete niños de Eeija* y *Los bandidos de Crevillente*, echando al monte hombres deseosos de verse, andando el tiempo, en romances y entregas. Es un hecho histórico. Un periódico francés ha tenido días pasados la idea de abrir una información entre los novelistas para saber cómo creían que recibiría el público un folletín cuyo protagonista fuese una especie de Rocambole anarquista.

Todos los consultados, desde el sólido Zola hasta el inconsistente Richebourg, han opinado que una novela anarquista sería obra perturbadora y antiartística, renunciando todos á hacerla, aunque el trabajo fuese excepcionalmente productivo.

Pero el hecho es que si la novela no se hace en esta forma literaria, viene haciéndose en otra, y para el gran público, con lo cual el daño no se evita sino que se agrava con la sustitución del hecho imaginado por el hecho real, incomparablemente más sugestivo que la mejor de las ficciones novelescas.

Federico UREZETA.

EN ALTA MAR

Si el lector indiferente que examine el notable dibujo de Campuzano que va en primera plana, estudiara una vez cualquiera de las estadísticas de siniestros marítimos que publica el *Bureau Veritas*, se aterraria al conocer el número de naufragios que al año ocurren en todos los mares del globo.

Todas las minas de metales preciosos que encierran los continentes, y la riqueza inmensa creada por el esfuerzo del hombre civilizado, no representa casi nada al lado de la que el mar ha arrebatado de su superficie desde que el hombre construyó la primera embarcación.

El genio de éste ha ido conquistando poco á poco armas para luchar con las violencias del mar, y en muchas ocasiones le ha vencido; pero el mar toma su desquite muchas veces también. En una página admirable, expresa Amicis, contemplando la poderosa maquinaria de un trasatlántico, la imposibilidad de que el agua irritada en complicidad con el viento desencadenado maneje como una pajueta á aquel monstruo de acero.

Así es, sin embargo:

El vapor toma el largo; la fina proa abre surco profundo y espumoso en el agua; aquellos músculos de acero que describe Amicis son más fuertes que el mar, y estirándose y encogiéndose en el seno del buque llevan á éste como amo sobre las espaldas del esclavo. El hombre es el déspota.

Pero... en el horizonte asoma un punto, una nubecilla... nada. Pues aquel es el enemigo, déspota también á su vez. El punto se agranda, rodea el horizonte, escala poco á poco las alturas del cielo, sorbe al sol en su masa oscura; con él llega primero la brisa suave que apenas murmura en las jarcias, luego la racha que, cogiendo un costado, hace dar al buque un bandazo de sotavento, y por último el golpe furioso del vendaval.

El buque—y el hombre en él—se preparan para la lucha; los músculos de acero van y vienen con mayor energía; las escotillas se cierran para impedir el paso al enemigo, y los masteleros se calan para que el viento no haga presa en ellos; la cubierta queda desembarazada de obstáculos, porque todo puede estorbar para el combate con el agua, y cuando llega el primer asalto, la movible fortaleza de acero, que lleva dentro a fuerza de aquella agua convertida en vapor, está dispuesta.

El que esto escribe lo ha visto, parece como que los dos combatientes se miran, el uno con los dos escobenes, anchos agujeros que dan paso á las cadenas del ancla y parecen dos enormes ojos de buey que miran á la inmensidad amenazadora que tienen delante; el otro con el desgarrón hecho entre la nube por el viento.

El agua, como que se hincha por el esfuerzo desconocido que la levanta desde el fondo, como si dentro de él se despezase un gigante que habitara las anegadas soledades de la Atlántida; la ola no se abre ya ante el tajaman de la proa, empuja; no acaricia, asalta. Las primeras veces no llega, pero al fin sube espumosa é irritada, embarca por cima del bauprés, salta sobre las techumbres acristaladas y recias de las escotillas, entra por los pasillos de babor y estribor, y sale por la toldilla de popa. El barco se estremece de golpe, y se sacude de la amenaza escurriendo al enemigo por las portas abiertas y los agujeros de los imbornales.

Y esto dura mucho; el buque procura ser cogido de frente, y los músculos de acero, trabajando sin tregua en el cerrado espacio de la maquinaria, empujan con fuerza tan ciega como la que el mar emplea en esta lucha en que la Naturaleza es vencida por la inteligencia... ó la inteligencia vencida por la ciega fuerza de la Naturaleza.

En este caso, aquel prodigioso mecanismo de engr-

najes sabiamente dispuesto no es nada, se deshace pieza á pieza sobre la superficie tumultuosa de las aguas, y el hombre, fiando la vida á las embarcaciones menores, abandona el alcázar en que se creyó fuerte, y se entrega á las zozobras del azar, hasta dar sobre una playa accesible ó estrellarse contra los acantilados de una costa.

Pero estas angustias horribles no tienen más testigos que los actores mismos que intervienen en el drama. El relato del hecho, cuando el naufrago aborda á la costa, y hasta la hipótesis de lo que ha podido suceder cuando el mar ha sorbido buque y tripulantes, sin dejar de ello más memoria que los restos que sobrenadan sobre la superficie conmovida de las aguas, no son tan punzantes como el cuadro vivo que en esta plana misma tiene el lector ante los ojos.



¿Habrá muerto..?

El poderoso trasatlántico lleva consigo medios de lucha, es fuerte, es un adversario digno de su enemigo.

Pero hay otros luchadores que no van al combate con el enemigo provistos de otras armas que su bravura y su habilidad: los pescadores.

En los puertos del Norte—en Santander sobre todo—me he detenido muchas veces á lo largo del muelle, delante de un patache, ese barquito que Pereda ha descrito como nadie, no para ver cómo guisaba el ranchillo del patrón el chico de á bordo; sino para ver si me daba cuenta exacta del valor que se necesita para echarse á la mar sobre aquellas tablas, casi nunca nuevas, y con aquel velamen zurcido y recosido como harapo de mendigo.

Estos héroes humildes y oscuros son todavía menos héroes que los que van, como ellos, lejos de la costa sobre una trainera sin cubierta; el patache puede, al menos, cerrar sus escotillas y dejarse llevar como una boya á la deriva; la trainera, sin cubierta, tumbada por una racha, no puede ser ni eso.

Por esto, cuando la galerna, caliente y bravia, pasa

viniendo del interior, y se extiende sobre el abierto mar, la playa se llena de gentes que saben lo que aquello es allá fuera: un desastre.

La galerna no se deja ver, no avisa; se echa de pronto sin una nube, con el sol en las tranquilas alturas del cielo; es un golpe á traición, una emboscada en la que caen casi todos los que sobre las traineras ganan rudamente el pan.

Y el regreso... ¡qué tristísimo regreso á la playa, poblada de mujeres que miran al mar con angustia, y de niños que lloran porque las ven llorar! ¡qué horrible recuento cuando llegan los que pueden y no contestan los que faltan!

Una trainera, quilla arriba, dice á las que esperan: —¡No volverán, no esperéis! Otra, con agua hasta los toletes, casi vacía, dice:—Faltan muchos; y en la playa, mientras la luz permite ver á lo lejos, los ojos buscan sobre las aguas, y los niños lloran y las mujeres llaman á los que faltan como si hubiesen de responderles...

También he visto esto muchas veces, y no sé, no sé qué cosa es más horrible, si el gran drama sobre la cubierta invadida de un trasatlántico, ó el punzante y doloroso de la playa después del latigazo de la galerna.

Gonzalo MARÍN

UN CASO

CUENTO VULGAR

Avivó el sabio la mortecina lumbre, y reclinándose perezosamente en el sillón, así empezó el relato:

Una noche, en la consuetudinaria tertulia del café, contáronme la historia. Indefinible angustia se apoderó de mí, acompañada de febril ajeteo de los nervios malditos; tornaba á molestarme cierta diátesis neuropática, latente desde ha tiempo, y manifestada siempre por desasosogado traqueteo de sienés, que allá, en el interior del cerebro, parece repercutir con ruido sordo y uniforme, cual la vibración sonolenta de una campana monstruosa.

Me despedí de la camarilla más temprano que de costumbre; no podía disimular más tiempo tal excitación... necesitaba verme á solas con el espantoso convencimiento.

El helado ambiente de la noche apenas refrescó la irritada cabeza, el desbarajuste seguía ó creo que aumentaba, y en esta situación llegué al nido. Elisilla dormía. Por impulso raro, instintivo sin duda, hube de fijar mis ojos en la frente de ella... al cabo de un minuto suspiré hondamente y comencé á desnudarme. El sueño ¡cosa rara! fué dulce, pacífico, nada de pesadillas. La mañana alumbróme más sereno; cada idea estaba en su lugar; los nervios calmados, y el traqueteo extinguido. Hallé consuelo en la inesperada tranquilidad que al mismo tiempo se me antojó augurio de algo inexplicable. Saludé á mi mujer con cierta reserva y me encerré en el estudio á examinar, aprovechando la renacida ráfaga de luz, el caso pañoso.

En la historia de Elisa existía una página abominable, escrita indudablemente antes de unirse á mí, en una época de total desamparo. De ese horrón nefasto bien pudiera haber sido culpable consciente ó sugestionado automático... ó en ella existía maldad ó solo pobreza de volun-

tad propia. Sin querer, mi temperamento analítico, mi causalidad, llevaronme á estudiar detenidamente el modo en que la falta se cometió, antes de emitir fallo alguno. ¡Bienhechora vuelta de la razón, por tan poco tiempo perdida, que tal generosidad me inculcaba!

Más aparte de estas zarandajas quedaba algo por conocer aún: el engaño horrendo de Elisa brindándome primicias immaculadas... ¡ella! ¡inmaculada! Y por un momento pareció tambalearse no se que parte de mí ser. Más luego volvió el orden, y, en un rayo de lucidez maravillosa, antojóseme, que si bien el engaño implicaba maldad, vulgarmente pensado, elevada más la razón, podía suponerse originado en una sed ciega de reivindicación que le impidió ver el daño que causaba... Tan peregrina me pareció esta idea, que no pude por menos de frotarme satisfechísimo las manos.

Así, pues, comencé el estudio. Éste, sólo podía hacerlo por medio de observaciones exteriores... Sentía grande repugnancia para provocar una declaración sincera. Preferí el examen minucioso, á hurtadillas, de los más diminutos detalles. En último caso apelaría al reconocimiento moderno de lo interior por la forma; á los signos fisiognómicos, invención curiosísima de algún patólogo extravagante.

Fué durante el sueño cuando principalmente me dedi-



El Domingo de Piñata

Ayuntamiento de Madrid

caba á mis tareas. Apenas Elisilla se dormía penetraba en la alcoba, cerraba cuidadosamente las puertas, y colocándola la luz de modo que no hiriera demasiado los cerrados ojos, posaba los míos en la aterciopelada carita. Así me estaba mucho tiempo: un día me acosté cuando el alba comenzaba á rayar. Y si de la observación óptica no resultaba nada, porque ninguno de los músculos del rostro se contraía de manera que anunciase lucha interna, aproximaba el oído á la entreabierta boca... ansiedad creciente... el aliento salía igual, uniforme. Luego tampoco había lucha.

Varias noches continué con idéntico resultado lo que en mi manía escrituradora llegué á calificar de «obra magna.» Volví á desesperarme... y á pesar de mi supersticioso temor ó poca fe á los modernos procedimientos patológicos, echéme á buscar consuelo, luz en la consabida ciencia. Los rosados labios, las diminutas orejas, los negros ojos y la conformación exterior del cerebro, fueron examinados escrupulosamente... Todo era vulgar, aunque bonito. ¡Oscuridad horrible! Elisa era un enigma pensante. (Frase gráfica del infeliz).

Otro de los detalles que más perplegidad me causaba, era su trato dulcísimo, cariñoso, todo bondad y sumisión. ¿Sería falsa, por continuar el engaño, tal conducta? O, por el contrario, ¿era nacida de su deseo de purificarse? Problema nuevo. Si era falsa ¡inaudita maldad!.. En fin, hijo mío, aquello podría ser conducta ó temperamento, y siendo lo primero había que distinguir entre el caso en que el fin lo fuera egoísta y aquel en que dominara la pureza del fin.

Nada dió buenos resultados, más francamente, no dió ninguno. Me acometió desconsoladora frialdad, pensé abandonar mis tareas... y, sobre todo, entróme invencible repugnancia hacia Elisa. Huía de ella y apenas la dirigía la palabra. No puedo explicarte este suceso tan contrario á mi lealtad... para mí es un hecho sin causa... ¿Sonríes?... Pues bien: esto debió conocerlo la infeliz y se acongojó penosamente. Acaso sospechara que conocía su delito. Un día lloró; la ví tras un visillo, la repugnancia perdió terreno, quise pedir perdón... abrazarla... pero me recobré enseguida, y terco, frío, marchéme á otro extremo de la casa. Ya á solas otra vez, conocí que era injustificado mi desvío. Quizás desapareciese cuando aquel hato de enigmas, problemas y trapicondas, fuese solucionado, y volví á trabajar. Un día antojóseme ver, muy lejos aún, esfumada en levisima claridad, la sombra de la resolución ansiada, descendiendo sobre mí cual el alba riente que precede á una noche de horrores. Yo la hube de creer originada por la evolución progresiva de mis tareas... ¡inocente visionario! Mas luego comprendí que inconscientemente esperaba una declaración de Elisa, y de esto... de esto solo nació tal antojo. Error de causa.

Una noche de Julio me pidió que la acompañase, y accedí. La noche estaba tranquila y la luna brillaba cual de plata bruñida. Paseamos silenciosos y nos sentamos junto al mar. Elisa respiraba satisfecha la ozonada brisa, que abría leves surcos en las tranquilas aguas. El acto de complacerla en su deseo pareció consolarla, y esto produjo cierta tranquilidad de espíritu. De pronto, Elisilla bajó la vista, manoseando las puntas del pañuelo. Suspiró hondamente... y comenzaron á caer palabras, sin preparación alguna, como el fruto que, maduro ya, se desprende del árbol. Conforme el interior iba quedando libre, la esposa parecía transfigurarse; su rostro se coloreaba enérgicamente; los negros ojos relucían como si á través de ellos se encontrase aquel mar perezoso que la luna teñía de blanco, y todo su cuerpo se agitaba en un espasmo de nerviosa vitalidad. Al principio me asombró: hubo horrible desbarajuste, traqueteo momentáneo de sienes, luego cesó todo, y escuché con más atención y recogimiento. La charla duró una hora... no; algo más. Ya había transcurrido largo rato cuando la pobre terminó en esta forma: —«Ahí está todo; no queda nada dentro... lo juro. Me empujaron hasta el borde... cuando me serené no tuve á qué agarrarme, y desesperada, aturdida, rodé escarpa abajo, hasta... encontrarme contigo. Quise redimirme... ofatete vida honrada... tú me la ofreciste...» Y rompió á llorar desconsoladamente entre mis brazos, mientras murmuraba á su oído en tono quedo y cariñoso tales vulgaridades: —«En tí, hija mía, no hubo maldad; fué solo inconsciencia de acción, falta de voluntad propia ó cosa parecida. Si así como te hicieron criminal te educan recamente, llegas á santa.»

J. MENÉNDEZ AGÚSTY.

LITERATURAS MALSANAS

Estudios de Patología Literaria Contemporánea

Parte del estudio sobre las desviaciones del Naturalismo.

CAPÍTULO I

DECLARACIÓN PREVIA

Para entrar en materia tenemos que hacer antes una declaración.

Somos naturalistas fervientes por temperamento y por convicción. Sentimos con vehemencia la Naturaleza, y creemos que no hay arte posible fuera de ella. El Naturalismo como modalidad estética es eterno.

Imaginar fuera de lo que existe es un imposible metafísico. Lo que se puede hacer es imaginar con pocos elementos naturales, con muy pocos, y así desnaturalizar la Naturaleza extraviándose la imaginación; ó bien concluir sobre lo que no se conoce; en fin, hacer un arte ignorante sin consistencia. Esto es lo que hacen la mayor parte de los que se llaman espiritualistas, idealistas, etc., los cuales, si se salvan, es gracias á sus cualidades naturales de temperamento musical ó de rima. Precisamente lo que se celebra en muchos idealistas son sus cualidades de naturalista atenuado.

La observación exacta es necesaria á la expresión ar-

tística de la vida. Hasta para representar una figura fantástica de un pintor tiene que estudiar la anatomía, aunque sea solo para deformarla luego.

El idealismo más reñido con lo existente debe apoyarse sobre una exactitud relativa que le suministran los sentidos. El sueño más disparatado se compone en sus elementos de imágenes exactas recibidas del exterior en la vigilia. Esa necesidad de exactitud que el *Naturalismo* hoy con razón proclama, todos los genios la han sentido con fuerza, ha formado parte de su sustancia, carne de su carne, sangre de su sangre. Pero de esto á copiar la Naturaleza servilmente, cual un aparato fotográfico, á hacer un inventario nimio á la manera de un curial, ó á rebuscar lo abyecto, lo degradado, lo criminal, lo enfermizo, reproduciendo sólo de la humanidad las funciones inferiores, anotando sólo las influencias físicas inmediatas más fatales, de este naturalismo al verdadero hay un mundo de distancia, pues no tan sólo lo malo es Naturaleza. Más que destrucción, es Esta construcción eterna. De su flujo y reflujo ambos fenómenos resultan; pero en el fondo, la descomposición es para facilitar la organización, la podredumbre, la evolución de los gérmenes; la muerte, la vida.

Las notas clínicas, ó los procesos de una Audiencia, los inventarios de un procurador, los catálogos, ó las copias de un taquígrafo, podrán ser y son materiales para la literatura—todo lo es,—pero nunca constituirán obra de arte alguna por su simple transcripción ó copia.

Somos naturalistas por temperamento; ¡sí! lo repetimos; y estamos enamorados de la Naturaleza, cual Lucrecio, y ella nos inspira. Para nosotros el mundo exterior existe sólo en cuanto en nosotros se realiza por colores y por formas. Por ese mundo exterior, sensible, sabemos lo que sabemos y somos lo que somos. Los fenómenos todos, morales y materiales, se nos revelan en último resultado por imágenes, sensaciones figuradas que al fin y al cabo se reducen á impresiones.

Así, sin forma y color, no percibiríamos la mayor parte del Universo. Los sonidos, cuando no tienen una significación simbólica ó convencional, como en el lenguaje, sólo nos suministran nociones vagas de estados generales de sensibilidad confusa que, por intensos que sean, no son suficientes para crear en nosotros nada concreto; mientras que formas y colores constituyen una educación directa. ¿Cómo no hemos de ser naturalistas si hemos nacido en estas riberas sagradas del Mediterráneo, de ese lago en que ha nacido y ha renacido la civilización humana (1), de esas aguas de esmeralda y de zafiro, de cuyos horizontes se desprenden los fulgores del Iris en los crepúsculos; de ese mar divino, en el cual todo se revela por líneas elegantes, por tonos acentuados y vivos, en que todo toma cuerpo, relieve, color y vida; de ese mar en cuyas riberas se han creado las mejores estatuas, pintados los mejores cuadros, cantado los mejores versos, escrito las mejores páginas, pensado las mejores cosas? Vedlo: todos los que en su mente han llevado una partícula divina, han tenido que acudir á él en peregrinación santa para comulgar el arte en sus saladas y fosforeas brisas, bajo las copas de sus altos pinos.

Alberto Durer para ser artista tuvo que ir á Roma á recibir la santa eucaristía del genio greco-latino. Wandik y Rubens tuvieron que ir á tomar derecho de ciudadanía en sus ciudades para adquirir el color que sólo el sol de aquí comunica. Goethe tuvo que venir á las sagradas costas de Grecia á inspirarse; Byron á Epiro. Wagner, el germano impenitente, le debe á Italia sus melodías. Hugo tenía sangre española en sus venas, y pasó su niñez en nuestra patria. De Muset vivió en Barcelona. Zola es italiano y griego de origen, educado en Marsella. Daudet es de la dulce Provenza. Orfeo, padre de las artes, reina, lo mismo ahora que en la antigüedad clásica, sobre nuestro mar sagrado.

Los que hemos nacido en los países que este mar baña, aunque alcancemos la categoría de intelectuales puros, no olvidamos el mundo sensible, la naturaleza viviente, como ciertos hijos del Norte en que por falta de color y de relieve, envueltas en la bruma y la media luz de aquella atmósfera, las ideas se presentan en su mente como meras y vagas abstracciones flotantes, un si es ó no es amorfas. Nosotros sólo concebimos las abstracciones como una modalidad de las cosas reales, como la generalización de su manera de ser, sin perder nunca de vista á éstas. Por esto es que á nuestras masas no les basta con el culto de lo abstracto. Por esto aquí el protestantismo no tomó incremento nunca.

Y el arte, hijo genuino de nuestros países Mediterráneos, exige imágenes, exige exteriorización sensible, realización, al igual de la de la vida, más vital que ésta, si es posible. Por esto afirmamos que sin naturalizar, es decir, sin la penetración enérgica y profunda de la Naturaleza, no hay arte; porque no le hay sin el sentimiento profundo del color y de la forma, y éste no se adquiere sino identificándose en el natural que se tiene delante, sumergiéndose en la inmensidad de la madre Natura, observándola á cada momento y meditándola siempre.

Y para esto tenemos especial organización los hijos de los pueblos latinos que no nos encerramos en absoluto en nuestro mundo interno no saliendo de él y concibiéndolo todo en los adentros, como pasa por lo regular con los hijos del Norte.

Así el Arte que queremos es un Arte á la vez filosófico y descriptivo, pensado con ajuste y relevante de estilo, múltiple y concreto, reflexivo y emocional, que vea ancho, alto y profundo, y que aborre atención, en poco diciendo mucho.

Este Arte debe ser psicológico en cuanto del hombre trate; pero no con ese psicologismo seco y pedagógico, metafísico y apriorista de los escolásticos, ó anémico y

(1) El que tiene más fósforo de todos. Un doctor dinamarcés, después de un concienzudo estudio de las aguas y de los pescados del Océano y del Mediterráneo, y de haber considerado la alimentación de mariscos que hacen los habitantes de éste y la composición químico-geológica de estas costas, deduce que aquí la civilización se desarrolló en estas orillas gracias al fósforo de estos alimentos, muy superior en cantidad, en los pescados y legumbres, al de iguales producciones del Océano.

frío, de inventario, de los recientes Stendalistas; sino de una psicología sólidamente basada en la fisiología y la patología, en fin, en la antropología y demás ciencias; Arte psicológico que tenga en cuenta la acción del conjunto y del medio ambiente en general sobre el individuo ó individuos, y á más; la herencia, el atavismo, la selección, siendo á la vez pensado y sentido, para hacernos sentir á su vez las leyes naturales ciertas, empleando una descripción gráfica, concisa, enérgica; sirviéndose de formas y colores acentuados, justos, armónicos, significativos; eligiendo de la realidad todo lo que concorra al fin tomados del natural, formas y colores lo que resuma y sintetice, lo emocional, lo relevante; dejando lo inútil y lo insustancial como residuo; practicando así una verdadera selección de verdad y de belleza; Arte que no se cure de los medios de los procedimientos, así sean nuevos, ni del lenguaje, ni de la gramática, puesto que estos son meros accidentes que el fondo determina; Arte que siempre marche con la Ciencia, sin confundir su fin con el de ésta; que venga preñado de conocimientos y de altas miras, y que tienda siempre á lo mejor, luchando, si conviene, por toda causa noble y produciendo en el público estados superiores de sensibilidad, aumento de vida.

Después de esto, ¿qué nos importan los procedimientos? Verso ó prosa; alegoría, novela ó diálogo; memorias ó autobiografías; psicologismos ó descripciones; sátiras, epigramas, odas, fábulas, coplas, discursos ó cantos épicos; filosofías ó crítica sentida; todo es arte si está hecho con energía, con justeza, con sentimiento, con genio. ¿Qué importa una palabra vulgar, un arcaísmo, un neologismo ó una blasfemia, si produce el efecto requerido por la idea primordial y armoniza en el conjunto? ¿Las escuelas? Muñetas para los paralíticos de la inteligencia. ¡El genio! El solo es la escuela; los demás son los comparsas. En todas las manifestaciones cabe el Arte. Tan solo el crítico, con tal nombre, distingue los grupos naturales que en la producción del Arte la naturaleza humana determina, como el botánico determina las especies en los grupos de la vegetación de la tierra.

Pero como nosotros soñamos en este Arte superior natural, por esto es que rechazamos este mal llamado naturalismo de Zola y sus acólitos, por bajo, vil y deprimente, por incompleto y maléfico; por eso es que rechazamos también el vulgarismo por no ser Arte. No es que excluamos la democracia de la literatura; muy al contrario, creemos que sólo en ella y por ella existe, y existir debe. El Arte que no está nutrido por el alma colectiva del pueblo, muere tísico. Pero sostenemos que, basándose en la masa, debe de tender á elevarla, á extraer de ella lo bueno, dejando como residuo la escoria. Ha de ser como el guía que marcha delante, porque sabe el camino que los demás buscan, y así va conduciendo á la masa, no deteniéndola, ni impulsándola á una contramarcha; como el jefe que empuña la bandera para infundir valor y entusiasmo á sus huestes, determinando, traduciendo y provocando la idea que en la masa nacional late; no el pesimista pusilánime que se resigna en medio de ella ó se aísla; menos el que adula sus defectos ó lo deleita presentándole el eterno cuadro de sus instintos animales, al fin y al cabo, lo más antiguo, pues atavismo es de la bestia, y ésta es anterior al hombre en la Naturaleza. Este es el Arte que es digno de la Humanidad, este el único arte posible, á pesar de simbolistas, zolistas, decadentes, deliquescentes, académicos, cazadores de ripios, ocultistas y toda clase de miopes del arte y de la inteligencia.

Pompeyo GENER.

EL BESO DEL DIABLO

En una reunión de hombres de ciencia se exponían en cierta ocasión, y eran motivo de controversia, los casos, raros ciertamente, de *impresiones eléctricas*, esto es, misteriosos grabados que, al cruzar el espacio, imprime el rayo en los objetos cercanos, dibujando en unos la figura y hasta el color de los otros, como si ejerciera de secreta y fantástica cámara oscura.

Se recordaba, al efecto, lo ocurrido en una catedral francesa, donde en el momento de celebrar misa penetró el rayo, dejando escritos sobre el alba del sacerdote y sobre la sabanilla del altar las dos páginas abiertas del misal; el caso, no menos raro, de aquella madre sorprendida por una exhalación que dejó grabada en su frente el cari querida madre con que el hijo ausente encabezaba la carta que estaba leyendo.

Oía yo aquellos relatos, no desconocidos por mí; pero como mi ignorancia no me permitiera intervenir con razones en la investigación de las causas del fenómeno, límiteme á aportar un dato más que, tanto por lo científico como por lo fantástico, me parecía digno de ser conocido. El caso era el siguiente.

Érase que se era un lugar cuyo nombre no hace al caso, pero que convendremos en llamar Villa-Angela, así como conjuro del diablo que ha de andar en el negocio, y érase que se era que allá por los años de 1550, cuando estaban en auge nuestras conquistas en América, dominaba á Villa-Angela un cerro muy empinado, todo piedra revuelta y trastornada por cataclismo geológico, y sobre este cerró las ruinas de un castillo que, al decir de los sabios, fué obra atrevida y famosa de los romanos, y al decir de las gentes, fué trabajo del diablo que lo fabricó en un día y lo redujo á ruinas en una noche.

Fuera obra de las inclemencias del tiempo y de la guerra, fuera labor destructora de Lucifer, el caso es que de aquella soberbia y empinada fortaleza no quedaban mas que ruinas gigantescas, tal cual adarve avanzado al abismo, una torre con sus almenas carcomidas, como mandíbula de viejo en la que el tiempo hiciera estragos, matacanes convertidos en nidos de águilas ó en macetas de donde salían y se columpiaban al aire ramilletes de

ortigas y jaramagos, y de peña en peña, roto aquí del todo, á medio destruir en otro trozo, un lienzo de muralla semicircular, convertida en gigantesca *corbeille* de piedra con su movable penacho de amapolas, margaritas y madre-selvas. Allá arriba, sobre escueta explanada, rotas pilas-tras, un arco medio derruido que aun ostenta manchas de oxidado hierro, sin duda de aquellas rejas con que los romanos cerraban sus castillos, sillares destrozados, un algebe á medio cegar y el fin de un camino que debió ser escalonado, pero del cual apenas quedaban vestigios nada seguros para poner el pie. Y allá abajo, entre tenues columnas de humo que lentamente suben desde los pardos tejados y se desvanecen en el aire llevando aromas de la santidad del hogar, allá abajo, la villa con su caserío revuelto, sus casas solariegas, sus macizos conventos, y destacándose sobre este conjunto, las iglesias y sus torres, queriendo erguirse en el espacio para poner la casa de Dios á la altura siquiera de la elevada mansión del diablo.

Y érase que se era, finalmente, una hermosa dama y un apuesto galán que, con el diablo, constituyen los principales actores de esta dramática leyenda. Era ella dama linajuda, con solar infanzonado en Villa-Angela, y tan rica de dones naturales como de doblas y castellanos de buen metal. Huérfana desde muy niña, quedó al medrado amparo de un tío viejo y ya paraltico, y de buen golpe de dueñas y criados, no tanto para guarda de su honestidad, que no lo necesitaba, sino por el brillo de su linaje, que tanto merecía.

Era, por lo tanto, la dama manjar sabroso para todos los golosos donceles de la comarca, pues á lo dicho hay que añadir que tenía 25 años, la estatura regular, el pelo castaño y abundante, la tez trigueña y finísima, limpia de toda peca ó mancha, los ojos pardos y soñadores, y á menudo medio velados para mirar, la nariz correcta, la boca tentadora, llena de menudos dientes y de hechizos, sobre todo en aquella comisura extrema que el moñin hacía interesante, y sus carnes, bien apretadas y mórvidas, estaban tan lejos de la delgadez como de la obesidad.

Pero tamaño tesoro era plaza inexpugnable para todos los galanes en veinte leguas á la redonda, y como á la joven, que se llamaba Isabel, no se le conocían votos ni ofertas, ni otro impedimento que el puesto por sus padres al morir, llevados del celo por su linaje, de que el esposo fuera señor de tantas campanillas como la dama, no se daban explicación razonable de aquellos desdenes en cuerpo y alma que lograba mover tantas pasiones. Así es que unos por despecho, otros por superstición y los más por la característica cualidad de la reata, dieron en decir, no sé con qué aviesas intenciones, que tenía amores con el diablo, en razón á haberla visto vagar alguna vez por entre las peñas que sustentaban el arruinado castillo, mientras al pie del cerro la aguardaban, santiguándose y pasando velozmente cuentas de rosario entre los trémulos dedos, los criados ó dueñas que la acompañaban, tan temerosos del diablo como de perder, contrariando á la señora, la buena prebenda que disfrutaban sirviendo á un dueño paraltico y á una dama enamorada y soñadora.

Y no era cierto, en verdad, que tan medrada persona como Lucifer se enseñoreara ni un átomo de aquel espíritu levantado y de aquel cuerpo hechicero. Quien hacia tiempo dominaba en el corazón de la aristocrática Isabel era un buen mozo de la Extremadura, hidalgo pobre pero de méritos positivos en cuanto á inteligencia, valor y destreza se exigía en aquellos tiempos. No se sabe dónde cautivó el corazón de la joven, pero sí que de ella se apoderó por completo, no faltando más para que aquel amor saliera de lo soñado y entrara en lo real que romper la muralla puesta en el testamento por los padres de Isabel. Era el galán, como extremeño, deudo ó amigo de varios de aquellos heroicos aventureros que acudían al llamamiento de Cortés y de Pizarro, y como en América habla entonces oro que recoger, lauros que adquirir y blasones y linajes que alcanzar, allá decidió encaminarse nuestro galán para hacer de tantos peligros conjuro que deshiciera las aprensiones linajudas del señor de Villa-Angela.

Con estos antecedentes no es extraño que tales amores fueran secretos, y que residiendo bastante separados, la pasión se desbordara en tiernas misivas, y que las escasas y secretas entrevistas se verificasen en las ruinas del endiablado castillo, donde el valor de Enrique, que así se llamaba el galán, y el amor de Isabel habían conjurado todas las artes y maleficios del demonio.

Pero llegó para Enrique el momento de abandonar patria, familia y amor, y era imprescindible la entrevista de despedida, el adiós vehemente, el primer abrazo apasionado que da una eternidad de vida en un segundo de tiempo. A muy oportuno llegó el consabido mensajero de siempre, citando la hora precisa, el lugar convenido ya por la costumbre, el día determinado por la precisión de embarcar en momento ineludible en un barco que para América salía. A medida que el momento se acercaba, Isabel se sentía cada vez más esclava de su amor y no menos presa de inquietudes, de celos, de presentimientos y de todo ese ambiente de tristeza, que tan bien cuadraba en aquella situación á la interesante figura y expresivo rostro de la enamorada castellana de Villa-Angela.

Como la noche protege los amantes y aquella de la entrevista habia de ser de clara luna, convinieron en retrasar el regreso de la dama á la villa lo estrictamente necesario para que la luz del día no fuera indiscreta, en el último adiós de los enamorados. Pero la tormenta que amenazaba con sus nublados oscurecer el sol, más habia de echar negruras y espantos sobre la noche. La situación era, por lo tanto, crítica, el dilema fatal. Por un lado, ni el Gran Capitán con todo su valor osara en aquella noche y en aquellos tiempos subir al endemoniado castillo; por otro, era preciso realizar entre aquellas tinieblas la entrevista ó habia que dejar partir á Enrique sin darle siquiera como premio la palabra de gratitud, el apretón de manos de la esperanza. Isabel era demasiado

noble para ser indiferente; amaba demasiado para ser ingrata y tener miedo de otra cosa que de la pena de Enrique al tener que marchar sin verla. La joven decidió, pues, subir pasando por todo, y comunicando su decisión, adornada con palabras y molines de capricho, á un antiguo servidor, viejo soldado de los tercios de Italia, que no se comprometió á más que á esperarla al pie del cerro, llegaron ambos á las solitarias piedras que de los muros rodaron á la ladera del monte. Entre congojas y suspiros de amor subió la enamorada joven y quedó abajo el veterano, una mano en el pomo de la daga y la otra en las gruesas y gastadas cuentas de su rosario.

El vórtice de la tormenta llega al mismo cenit del cerro y los continuos relámpagos alumbran y destacan sobre el fondo cárdeno del cielo la silueta angulosa del castillo. Ruge el viento entre las ruinas y silba entre las hendiduras de las piedras azotando las ramas que de ellas salen. La luz de las encendidas nubes que la vista apenas puede soportar, alumbró el grupo interesante y fantástico de Isabel y de Enrique, más espantados ante la suerte que los separa, que ante la tempestad que los envuelve, y cuyos efluvios eléctricos encienden más y más la nerviosa excitación de la pasión contrariada.

Van á separarse ya: tiende el galán su brazo enderredor del cuerpo de la joven, que atrae hacia sí; fulminan sus miradas más tormentas que las del cielo encendido en luz; agobiada de emociones, déjase caer Isabel sobre el hombro de su amante, y éste como último, desesperado y apasionado adiós, estampa sus labios en apretado beso sobre aquellas deliciosas comisuras de los de Isabel. Rásgase entonces el cielo dejando ver cataratas de fuego, horriso estampido retumba entre muros, piedras y rocas, rodando luego por el espacio encendido; el cerro tiembla materialmente, el rayo hiere cuanto hay en derredor, y el grupo formado por los dos amantes rueda por el suelo envuelto en nubes de polvo y de vapores que parecen salir de las entrañas de la tierra.

Apenas cinco segundos pasan é Isabel se levanta trastornada, medio loca: palpa en la oscuridad y no toca á Enrique; grita, y no le responde; pide al cielo nueva luz aunque sea de muerte, y al resplandor de un nuevo relámpago que en seguida acude, contempla, loca de terror y casi á sus pies el carbonizado cuerpo de su amante muerto por el rayo. En el paroxismo de la pasión y del dolor, arrójase sobre él, y las cenizas ceden ante sus abrazos y se aventan al hálito de sus besos apasionados. Y sin saber por dónde va, baja casi despeñándose por la enmarañada crestería que el tiempo fabricó con las ruinas del castillo, y loca de terror, sin acordarse del viejo soldado que huyó ante la tormenta y la superstición, reiriendo en la villa, que allá entre rayos y ruinas quedaba su señora, se dirige ésta á la casa señorial para arrojar-se en el lecho y llorar eternamente aquel alán que trajo la muerte donde ellos esperaban encontrar nueva vida.

La aurora del nuevo día avienta los últimos girones de las nubes tempestuosas, y el sol, con todos sus resplandores ilumina pueblo y castillo que sirvieron de marco al cuadro aterrador de la pasada noche.

Circula ya por Villa-Angela la extraña nueva de que la castellana esquivó la noche con el mismo Lucifer en las ruinas del castillo, pues á no ser con la ayuda del diablo, nadie osara en tan terrible noche visitar la mansión que, á juicio indiscutible de todos, era la del mismo señor de los infiernos. Ocioso es decir que los latines, cruces y aspersiones menudearon, y que hasta el pueblo se creía maldito con la presencia de Isabel.

Nadie se atrevía en tanto en la casa solariega á penetrar en el cuarto de la dama que, derramando copioso llanto, sentía aun en su mejilla el leve vaho del amoroso beso, único consuelo á tanta desventura. Pero teniendo todo un término, llamó, abrió los plegados cortinones que impedían la entrada de la primera luz del día, y á través del hueco de la rasgada ventana se presentó á sus ojos, como fatídico cosmorama, los escuetos perfiles de las ruinas, las aves carnívoras continuando en sus ondulantes trayectorias en derredor del castillo, y con los ojos del alma distinguió allá el cuerpo carbonizado de su amante, tendido todavía en su féretro de piedra, rodeado de amapolas y de margaritas que dejaban caer sobre él, como únicas lágrimas de duelo, las gotas que la pasada lluvia dejó en sus cálizos y en sus pétalos.

Loca de horror, quiso borrar con sus manos agitadas en el espacio aquel cuadro lúgubre, y al volverse huyendo de él tropezó su mirada en una de sus doncellas que, temerosa y anhelante, habia acudido al llamamiento, no tanto para servir á su señora como para satisfacer la femenil curiosidad de ver qué cara tenían las concubinas del diablo.

Pero apenas se hubo acercado á su señora cuando un grito de espanto y una rápida huida dieron á conocer á la dama que algo extraño y horrible habia en su persona, quizás las huellas terribles de aquella noche espantosa, capaz de hacer envejecer el cuerpo más curtido á los peligros. Acercóse, pues, á un bruñido espejo metálico de dorada y retorcida talla, y al mirarse en él, cayó desvanecida lanzando un grito no mayor que el de su doncella, pero sí más arrancado del alma por la desesperación y por la pena.

¿Qué habia dicho el espejo? Sobre aquella tersa y sonrosada mejilla, á partir del gracioso hoyuelo de sus labios hasta la entrada del cabello en su hermosa frente, habia retratado el rayo unos labios rojos, muy rojos, coronados por sedoso bigote, una nariz cuyo color iba desvaneciéndose y unos ojos negros abiertos, muy abiertos, con una mirada á la vez de dolor y de ventura, de espanto y de gozo, una mirada casi satánica, la primera del placer y la última de la vida, arrancadas por un dolor profundo y por una conmoción física espantosa. Isabel llevaba, pues, en su rostro, é impreso por el rayo, el serabante de su adorado Enrique, la última expresión de su pasión y de su pena, la primera y última mueca de una agonía instantánea.

Llamó, pues, al prelado, que habia acudido á Villa-Angela atraído por el escándalo tan público de aquellos amores infernales, é Isabel le hizo confesión de todos los hechos, de toda la verdad, de sus temores, hasta de sus dudas, pidiendo al piadoso varón que no hiciera pública lo que podía creerse su deshonra, pues estaba resuelta á purgar en un convento su leve falta y la enorme ignorancia de los demás.

No las tenía todas consigo el venerable prelado, pero la contricción era tan sincera, la voluntad de la joven era tan firme de vivir para Dios y no para el diablo; su afán de penitencia, por si habia algún rescoldo diabólico, era tan verdadero; las obras piadosas que con su pingüe fortuna podian hacerse eran tan numerosas, que el buen pastor de almas se encargó de hacer ver al pueblo cómo una profunda contricción habia salvado á la pecadora, y que la huella de su rostro era cuestión de ayunos y disciplinas que desapareciera. Isabel, con asombro y aun escándalo de muchos, y con la protección decidida del prelado, entró en uno de los conventos de Villa-Angela.

No tardó en hacer votos definitivos la noble castellana de Villa-Angela, robando al mundo, por un sencillo capricho de la naturaleza que la ciencia no podia entonces explicar, todos los tesoros de aquel espíritu lleno de virtudes y de ternuras. Pero es fama, que á través de los tiempos sin duda por confidencias que el dolor hizo á la amistad, que la hermosa cuanto desgraciada Isabel no pudo gozar de paz en aquel tranquilo retiro, donde aun llegaban los anatemas de fuera para su dignidad, y el suave calor de un recuerdo imperecedero para su espíritu.

Huía de todo lo mundano para consagrarse enteramente á Dios, y sin embargo, una fuerza misteriosa la arrastraba hacia los tazonces de las fuentes del jardín, y hasta en la humilde vasija donde se aseaba, para contemplar, no su rostro, sino aquel otro adorado que llevaba grabado en el suyo. Allí se empeñaba ruda lucha entre la pasión y el misticismo, entre el amor carnal y el amor divino, lucha que pretendian apagar los cilicios y los ayunos y los tormentos impuestos por la penitencia, debilitando cada vez más aquella hermosa naturaleza, más fácil presa entonces de las alucinaciones del neurosismo y los delirios de la pasión.

Sobre todo, los días en que el cielo se encapotaba y la atmósfera se cargaba de electricidad, el misterioso retrato se encendía en color, parecían animarse más sus ojos apagados como queriendo recordar aquel terrible y deleitoso trance, y cuando la tormenta se resolvía y el cielo se teñía en luz cárdena y el espacio sacudido por las vibraciones del trueno vomitaba sonoridades de juicio final, Isabel sentía entonces en su mejilla el beso de Enrique con toda su frescura, con toda su pasión, con toda aquella fascinación voluptuosa que la hizo caer sin sentido en los brazos de su amante. Volvía entonces más viva la lucha; aquellos relámpagos y truenos, que evocaban espantosas realidades del pasado, traían sin embargo á sus fáciles impresiones dulzuras y goces inefables para su naturaleza y para su espíritu; los ansiaba y los temía; queria sustraerse á ellos, y algo más grande que su voluntad, las leyes naturales, la arrojaban en aquel combate, del cual salía mortalmente herida en su cuerpo y en su alma, presa del primero de una neurosis formidable, esclava la segunda de aquel espíritu en el que rebosaban á la par por exceso de sentimiento, todos los amores del cielo y de la tierra. Tamaña lucha, superior á las fuerzas humanas, debia tener un fin y lo tuvo.

En las ruinas que aun quedan de aquel convento que habitó la hermosa castellana, existe todavía un rincón de una que fué oscura y retirada capilla, bañado hoy en luz que invade el solitario recinto por las anchurosas grietas que la mano del tiempo fabricó en su empinada bóveda. Allá en un ángulo y ocupando ojival hornacina de estilo flamígero, cuyos retorcidos calados recuerdan las llamas del infierno y cuyas rotas cresterías se parecen más á estalactitas de gruta que á labor filigranada de escultor hábilidoso, existe un sepulcro de marmol, sobre el cual parecen caer aquellas labores de granito como lágrimas que el tiempo hubiera petrificado, como al fin y al cabo petrifica todas las lágrimas.

Sobre el macizo de la severa sepultura tiéndose una estatua yacente, obra maravillosa de eximio artífice, representando el sueño eterno de una esposa del Señor, cubierto el cuerpo con burdo sayal que deja adivinar sin embargo las escultóricas formas de una naturaleza exuberante de perfecciones. Descansa su hermosa cabeza sobre amplio almohadón, en el que apoya su manecita izquierda un encantador ángel que, poniendo la otra mano en el seno de la estatua, aproxima sus labios para con el inocente y santo amor de los ángeles, depositar un beso en la mejilla izquierda de la marmorea esposa de Jesucristo.

Y cuentan los labriegos de la comarca que rodea las ruinas del monasterio, y lo cuentan con tan verdadera fe que infunde creencia absoluta en el relato, que aquella estatua es la de una joven monja, divina como la obra de arte que la inmortalizó, y que tuvo amores con el diablo, el cual dejó impresos en su mejilla izquierda, no solo un beso que en ella dió, sino su propio rostro. Y añaden que mientras la monja, que fué antes de serlo, linajuda dama de aquellos contornos, permaneció en el retiro del claustro, no logró ver su hermoso rostro libre de aquella huella infernal; pero que al rendir á Dios su vida, al dar su último aliento, cuando quizás la sangre se heló é hizo nieve los colores de su rostro, alejando de él toda vida, la huella del beso de Lucifer desapareció por completo, y es que, añaden los labriegos del contorno, Dios no la quiso por esposa mientras vivió en el corazón de la monja el menor átomo de aquellos satánicos amores, y solo á morir fué cuando en aquel divino rostro el primer beso de Dios hizo desaparecer el último beso del diablo.

Castor AMI.

Diciembre, 1893.



EN BROMA

Pasaron ya! los días venturosos de Carnestolendas.

Tras el desenfreno ha venido la calma, y la juventud recuerda hoy con profunda melancolía las noches pasadas en la Zarzuela, aspirando el perfume embriagador de las máscaras, entre las cuales había algunas que olían á cebolla y á fregadero.

Entre las máscaras del Prado había una que excitó la curiosidad del público con su traje de moro.

Llevaba en la mano derecha una pila de babuchas, y abusando del disfraz y de las preeminencias concedidas á nuestros distinguidos aliados por el Gobierno nacional, se acercaba á las señoras tratando de estrecharlas contra su corazón.

En la calle de Alcalá se puso á dirigir requiebros á una señora, y fué interrumpido en su tarea por el esposo de la aludida, que se lanzó al cuello del moro con ánimo de estrangularle.

—¡Jámelajá!—gritaba el fingido mahometano defendiéndose con las babuchas.

—¡Toma, toma!—decía el esposo, sacudiéndole puñetazos en la

nuca, hasta que el moro, maltrecho y abatido, acabó por quitarse la careta murmurando:

—¡Vaya un modo que tienen algunas personas de recibir á las máscaras! Yo creía que en Carnaval todo estaba permitido.

—Pues por eso—contestó el esposo iracundo, reemprendiendo la marcha, del brazo de su mujer.

El moro está hoy en la cama con varios chichones de pronóstico reservado y piensa entablar una reclamación cerca del Gobierno para que se le indemnice, en su calidad de mogrebino ahijado de Moret.



En el Ayuntamiento se discute con calor el interesante asunto de si la calle del Alamo ha de llamarse de «Chies» ó de «Muley-Hasan» ó de cualquier otro sujeto notable, más ó menos difunto.

Pero en el interin la policía urbana brilla por su ausencia, y hay hombre que sale de su casa vestido de limpio y choca con una sera de carbón ó con un baul mundo que conducen tranquilamente por la acera dos apreciables rifeños.

Podrá ser importantísimo eso de administrar á las calles el sacramento de la confirmación, y perpetuar de esta suerte el nombre de los difuntos famosos, pero bueno sería también que se nos protegiese á los vivos contra el natural abandono de nuestros tenientes de alcalde, que se pasan la vida decomisando panecillos y creen realizar con esta operación sencillísima todos sus deberes públicos y privados.

—Vaya un teniente alcalde el que tenemos en el distrito—decía un elector infeliz dirigiéndose á un amigo.

—¿Qué ha hecho?

—¿Qué? Pues decomisar siete panecillos largos y cinco libretas. ¡Qué hombre! ¡Qué patriota!...

Varios hijos de familia, olvidando las recomendaciones paternas, se lanzaron al placer sin cortapisas, y ahora sufren las consecuencias de su locura. Hay uno, periodista él que ha cogido una tos de perro ratonero, que da pena oírsele.

—¿Qué es eso, Manolo? ¿tienes moquillo?—le preguntan.

—No—contesta el pobre, en falsete.—Esto se lo debo al baile del Real, porque salí á la calle sofocado y me enfrié de pronto.

Era natural que así sucediese, porque el interesado salió del baile sudando á chorros, y antes de llegar á la Puer'a del Sol ya se había quitado las botinas. Nosotros le vimos sentado en la acera en lucha con una bota que no quería salir por más tirones que daba el bueno de Manolo.

—Señorito ¿se ha puesto V. malo?—le preguntó el sereno.

—No; es que se me ha hinchado el dedo gordo de la derecha—decía el pobre periodista exhalando ayes doloridos.

—No hay cosa mejor que usar el calzado ancho.

—Ya lo uso; pero estas botas no son mías.

—¿De quién son?

—Del administrador del periódico, que me las ha prestado para esta noche.

—¡Bueno anda el periodismo!—murmuró el sereno filosóficamente.

Luis TABOADA.



Alrededor del mundo

SUMARIO

La vida molecular en los diamantes.—Las piedras preciosas, masas enormemente activas.—Las batallas invisibles.—1893 arqueológico.—Tumbas gloriosas y ciudades desenterradas.—Los microbios y las hormigas.—Hormigas cultivadoras y hormigas bacteriológicas.

Estamos equivocados si creemos que el diamante es no más que una agregación de cristales inanimados; caemos igualmente en error figurándonos que las moléculas que lo componen carecen de vida, ó por lo menos de movimiento.

Los diamantes y las demás piedras preciosas son masas de átomos asombrosamente activos.

Si la sensibilidad de nuestra vista aumentase hasta ser algunos millones de veces más potente, veríamos que los átomos del diamante que forman la piedra perfecta cuando se agregan en suficientes miriadas, están cada uno de ellos en rápido y perpetuo movimiento del género más complejo. Cada molécula se agita vertiginosamente, choca de una manera incesante con las otras, retráese vibrando, vuelve á chocar y así continúa sin descanso, y con una velocidad de millones de choques por segundo.

La dureza y la impenetrabilidad, propiedades características del diamante, parecen á primera vista refutar la suposición de que ésta como las demás piedras, no es más que una agregación de partículas en rápido y continuo movimiento.

Pero es el caso, que esa impenetrabilidad y esa dureza son el resultado de una lucha entre las moléculas que componen el diamante y las que componen los otros cuerpos, el cristal, por ejemplo: las primeras tienen más vigor y se mueven más rápidamente que las segundas, y al apretar unas contra otras, las del cristal ceden ante las del diamante.

Así es, que al rayar un cristal provocamos una gran batalla, en que hay vencedores y vencidos, héroes y fugitivos, muertes y sacrificios. Sólo que todo, ello sucede en la región de lo infinitamente pequeño, á donde no alcanzan el esfuerzo de la vista humana, ni el ingenio de los instrumentos inventados por la ciencia. Cada diamante es un micro-cosmos, una estrella, un planeta, que brilla en fuerza de vida y que, luchando con los otros cuerpos, vence y los raya por la valentía y el vigor de los átomos que lo componen.

¿Es esto una fábula, una imaginación? Juzgue por sí mismo el lector: el autor de la teoría es nada menos que Sir Robert Ball, una de las eminencias científicas de Inglaterra.

El año de 1893 ha sido excelente para los arqueólogos, y constará entre los notables por la importancia de los descubrimientos que se han hecho en su transcurso.

En América surgen desde hace meses, en las llanuras del Colorado mejicano, gracias á grandes labores de desenterramiento, los restos enormes de una ciudad colosal, con avenidas de monolitos tan gruesos, tan altos, tan gigantes como los pilones de Tebas, la de las cien puertas, y con graderías de mármol cuyos escalones miden 76 metros de ancho, y que debían dar acceso á templos y á palacios de dimensiones colosales.

En las playas del Asia Menor, Doerpfeld, director del Instituto alemán de arqueología, y continuador de Schliemann, ha descubierto en la aldea de Isarlick los muros de una ciudadela cuyas piedras miden 16 pies de grueso, y que bien pudiera ser la Pérgamo de Priamo, de Hector, del hermoso París y de Helena la bellísima.

En Grecia, cerca de Laurium, la de las minas argentíferas, está saliendo á luz una ciudad entera sepultada por un desprendimiento colosal de tierras, como lo fueron Herculano y Pompeya por la lava del Vesubio; y los muros, las casas y las calles aparecen intactos.

En el mismo país de imperecederos recuerdos, Munter, inspector de los reales palacios de Atenas, ha descubierto al lado de un camino, en Menidi, una sepultura con dos sarcófagos de mármol y uno de piedra ordinaria, y hay motivos fundados para creer que uno de ellos contiene el esqueleto del gran poeta trágico Sófocles.

En la isla de Salamina, donde el año 480 de la era antigua Temistocles destruyó la armada persa y salvó á su patria de la invasión bárbara, han sido halladas cinco hileras de tumbas que contienen las osamentas de gloriosos defensores de la civilización helénica, madre de la nuestra.

No pueden quejarse del año 1893 los amantes de lo secular.

Los microbios han sido descubiertos por las hormigas antes que por el hombre, y en cualquiera hormiguero, hay Pasteurs y Ferrans á centenares.

Hay una clase de hormigas que se alimenta de hongos, y, previsora como todas las de su clase, no queriendo fiar su alimentación á las eventualidades del acaño, los cultiva, y ha conseguido crear una variedad especial, en ex-

trepo rica en elementos nutritivos, y que se reproduce fácil y abundantemente. Estas hormigas tienen sus «huertos» á cubierto y bien resguardados de la luz, y abonan cuidadosamente la tierra llevando á ella hojas que pican con sus poderosas mandíbulas; así no falta á los hongos el alimento orgánico indispensable á su crecimiento y desarrollo.

El naturalista alemán Moller, que ha tenido en observación durante mucho tiempo en Blumenau varias colonias de esta clase de hormigas, quiso un día ver que tal andaban de saneamiento aquellos insectos tan maravillosos por su inteligencia. Cogió un poquito de tierra del «huerto» de las hormigas y la sembró en un caldo de cultivo del que usan los bacteriólogos: el resultado fué un cultivo perfectamente puro, libre por completo de microbios. Repitió el experimento varias veces y en todas ocurrió otro tanto. El cultivo de un poco de tierra de cualquier jardín ó huerto de hombres hubiera producido legiones de microbios á cual más peligroso: las hormigas no tienen ni uno en sus viviendas, ni en sus almacenes, ni en sus alimentos.

Han descubierto antes que nosotros no sólo la existencia, sino también el peligro de los microbios, y no dejan uno vivo á su alrededor.

WANDERER.

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

Achaque de todas las épocas han sido los apuros del Erario, y enfermedad crónica la de los déficits.

«La vuestra hacienda—decían las Cortes de Valladolid á D. Juan II—é destroida; no llegando la recepta á la data.»

El déficit de 1701 fué de 105.015.520 reales vellón, que entonces valían más que pesetas hoy.

En tiempo de los Reyes Católicos llegó á 112.500.000. En el de Felipe V á 272.560.610; en 1794 á 387.581.999; en 1795 á 572.400.706; en 1797 á 820.443.443, déficit superior á todos los que hemos conocido modernamente.

Desde Felipe V hasta Carlos III se llegó á deber á los empleados públicos un millón de reales en números redondos.

Una demostración de lo convenientes que han sido las leyes sanitarias, está en las pestes que desolaron á Barcelona, ciudad que desde el siglo XIV al XVI, comerciaba con todos los países orientales, sin existir cuarentenas.

De 1333 á 1396, hubo seis pestes; de 1408 á 1497, trece; de 1501 á 1598, ocho. La más terrible de todas fué la llamada peste negra de 1348, que duró más de ocho meses.

MADRID.—1894

Cromotipia y fotograbado de L. R. y C.ª, S. Bernardo, 69.

Tirado en máquina cromotípica rotativa Marinoni.

Imprenta de EL IMPARCIAL á cargo de Angel Garcia.